

partido socialista. Pero ya no había nada que hacer. A las once y media de la mañana, los insurrectos se rindieron en las propias calles adyacentes a La Moneda, mientras tres tanques al mando del teniente coronel Souper escapaban hacia la sede del regimiento Blindados Número 2, para rendirse ante el general Óscar Bonilla.

Pablo Rodríguez Grez, Benjamín Matte, y otros dirigentes de Patria y Libertad se refugiaron en la Embajada del Ecuador.

A las ocho de la noche de ese mismo viernes, frente al Palacio de La Moneda, el presidente Allende convocó al pueblo para dar «un informe sobre los hechos». Los obreros reunidos, unos veinte mil, gritaban consignas como «armas para el pueblo», «crear poder popular», «a cerrar el Congreso», «fuera de Chile los yanquis, ahora».

Allende hizo un discurso que finalizó con este párrafo: «Mañana, de nuevo las usinas a levantar su humo para saludar a la patria libre; de nuevo al trabajo a recuperar las horas que significó el paro del jueves; mañana cada uno a trabajar más, a producir más, a sacrificarse más por Chile y por el pueblo... Compañeros trabajadores: tenemos que organizarnos. Crear y crear el Poder Popular, pero no antagónico ni independiente del Gobierno, que es la fuerza fundamental y la palanca que tienen los trabajadores para avanzar en el proceso revolucionario».

Grupos de trabajadores, esa noche, se fueron caminando hacia sus casas gritando eufóricos: «¡Soldado amigo, el pueblo está contigo!»

Larga reunión

A la mañana siguiente del 29 de junio, se reunieron casi todos los generales de la guarnición de Santiago, agrupados bajo el liderato de Herman Brady, Mario Sepúlveda, Guillermo Pickering, Sergio Arellano Stark, Javier Palacios y Óscar Bonilla. Se leyó un informe del SIM que decía que «entre las nueve y las once de la mañana», en los cordones industriales de Los Cerrillos y Vicuña Mackenna, se había reunido un contingente de más o menos diez mil obreros, en preparación para avanzar al centro de Santiago a combatir con las tropas blindadas amotinadas». Se estableció que el «amotinamiento» había sido «causado por la mala influencia de personas civiles sobre nuestros mandos», y que «esta situación da una mala

imagen de la cohesión del Ejército». Se acordó instruir a todos los mandos de unidades en el país «suspender todo tipo de contacto con la organización Patria y Libertad» y «mantener informado al Estado Mayor, cotidianamente, de lo que ocurra en las áreas de jurisdicción respectiva». Se dio un instructivo general a todo el aparato central del Ejército de «constante alerta», de «aumentar el ritmo de los allanamientos de fábricas y sedes de partidos de la Unidad Popular y de la Central Única de Trabajadores, para limpiar la población civil insurreccional de elementos bélicos». Al mismo tiempo, se planteó la necesidad de comenzar «una educación rápida y sistemática de la tropa y suboficiales, con charlas y pequeñas reuniones lideradas por oficiales de alta graduación en las que se señale terminantemente que la Patria está en peligro, que los marxistas preparan una invasión del país con ayuda peruana y que está llegando la hora de dar la vida por la nacionalidad 'chilena».

(En varios regimientos de Santiago, desde julio en adelante, diversas compañías eran despertadas en la madrugada, se las llevaba al salón de proyección de cine, se les hacía ver películas sobre la lucha de la selva en Vietnam, concluyendo con una pequeña charla sobre «el peligro comunista mundial contra nuestras mujeres, hijos y padres», y se lograba, así, mantener constantemente con los nervios en tensión a parte de la tropa.)

La reunión de la mayoría de los generales de la guarnición de Santiago en la mañana del sábado 30 de junio, fue sólo el primer paso de una decisión tomada apresuradamente por los altos mandos en el círculo más íntimo de la conspiración. Esa misma tarde, los generales Oscar Bonilla y Sergio Arellano Stark fueron designados por acuerdo de Herman Brady Roche, Mario Sepúlveda Squella, Javier Palacios, Orlando Urbina Herrera y Guillermo Pickering para conversar con el general Augusto Pinochet, ponerlo en antecedentes de lo que se tramaba y pedirle que se sumara a la conspiración como «el líder del Ejército».

Las reuniones con Pinochet duraron toda la tarde del sábado 30 de junio, parte del domingo primero de julio y la mañana del lunes 2. De acuerdo con informaciones filtradas posteriormente, en esos tres días, al parecer, se fijaron los detalles ideológicos más importantes del golpe militar en gestación, incluyendo la necesidad de sacar del cuadro de la socie-

